

IMÁGENES DE NUESTRA TIERRA. RAÍCES DE NUESTRA PROPIA IDENTIDAD

Raúl Ibáñez Hervás¹
Joaquina Lanzuela Hernández²

Una exposición de fotografías pertenecientes al Archivo López Segura del Instituto de Estudios Turolenses, realizada a principios de julio de 2006 en la localidad de Villar del Cobo, daba a conocer a un público numeroso una gran variedad de imágenes de la Sierra de Albarracín³. Los joteros en Santa María de Albarracín, Angelines en la laguna de Bezas, el camino de Noguera en Bronchales, las rejas de Calomarde y de Gea de Albarracín, la ermita de San Pedro de El Vallecillo son tan sólo una pequeña muestra entre la diversidad de imágenes allí expuestas. Y entre las abundantes ilustraciones de arte sacro y religioso presentes en la exposición, figuraban dos imágenes de San Sebastián, reproducciones de las pinturas conservadas, una, en la iglesia de San Pedro Apóstol de Moscardón⁴, otra –procedente de la ermita de San Sebastián ya en ruinas– en la iglesia parroquial de los Santos Justo y Pastor de Villar del Cobo.

Las imágenes de San Sebastián que presentamos a continuación, no son ciertamente aquellas que en la década de los cincuenta fueron tomadas en blanco y negro por Francisco López Segura (1892-1964) y que fueron seleccionadas con motivo de la exposición realizada en julio de 2006. Presentamos aquí la reproducción, no de ambas fotos conservadas en el Instituto de Estudios Turolenses, sino de las tablas pictóricas originales, cuyo colorido, más o menos deteriorado por el paso de los siglos, nos permite resaltar no sólo la belleza de dichas obras, sino también observar con mayor precisión, como veremos posteriormente, ciertos detalles de las mismas.

Cada santo posee unos atributos iconográficos que nos sirven para su identificación, pero nada puede ayudarnos a comprender mejor la figura de San Sebastián como unos breves apuntes de la vida de este singular e insigne mártir. San Sebas-

¹ Licenciado en Geografía e Historia. CECAL

² Profesora de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas de Teruel

³ Un resumen del catálogo de la exposición se puede consultar en la siguiente dirección: http://es.youtube.com/watch?v=RT8x7__BxEA

⁴ Dicha imagen se halla en la actualidad en el Museo Diocesano de Teruel.



San Sebastián de Moscardón.
Fotografía de Pedro L. Hernando Sebastián.
(Mayo de 2007).



San Sebastián de Villar del Cobo.
Fotografía de Raúl Ibáñez Hervás.
(Julio de 2006).

tián (s. III) nació en Narbona aunque fue criado en Milán. Llegó a ser oficial de la guardia imperial de Diocleciano al que sirvió hasta que fue descubierto como cristiano, pues, debido a que exhortó a numerosos cristianos a que permanecieran fieles a la fe del cristianismo, en especial a dos amigos suyos, Marcos y Marcelino, fue martirizado bajo las flechas de sus propios soldados por orden del mismo emperador en el centro del Campo de Marte. Su cuerpo asaeteado no murió por esta circunstancia. Curado de sus heridas por la viuda Irene, reapareció ante Diocleciano para reprocharle su crueldad contra los cristianos. Fue entonces cuando fue flagelado hasta morir y su cadáver arrojado a la Cloaca Máxima para impedir que los cristianos rindieran culto a sus reliquias. Por último San Sebastián se apareció a la matrona Lucila para revelarles el lugar donde se hallaban depositados sus restos pidiéndole que fueran enterrados en la entrada de la cripta de los apóstoles *in Catacumbas*⁵.

De esta forma se aprecian claramente dos clases de martirio, asaeteado y flagelado. El primero que no le causa la muerte y que a su vez ha sido el que más ha trascendido a lo largo de los siglos; y el segundo que es mucho menos conocido por el gran público y que los artistas han representado en escasas ocasiones.

A partir, pues, de unas breves anotaciones biográficas, los artistas comenzarán a representar las escenas principales de su vida. Las dos obras pictóricas, objeto de nuestro breve análisis, la de Moscardón y la de Villar del Cobo, deben ser incluidas dentro de las numerosas obras iconográficas de San Sebastián que, pertenecientes a la Edad Media, representan al santo con el rostro rejuvenecido, ataviado de formas diversas y portando los atributos martiriales de la flecha y del arco, así como de la espada de grandes dimensiones que alude en todo momento a su condición de soldado al servicio del emperador Diocleciano.

Atrás quedan, sin duda, aquellas representaciones italianas de los primeros siglos de la Edad Media que presentaban al santo vestido a la manera antigua, como una persona de edad, con barba y cabello blancos, en posición hierática y con el nombre figurando al lado para poder ser identificado. Sin embargo, y aunque la presencia de la barba, no así su colorido –fácilmente visible en el caso del San Sebastián de Moscardón– pudiera hacernos pensar en las primeras y más antiguas representaciones italianas que existen del santo, no sucede así, por el contrario, con la posición en escorzo de dicha imagen. La movilidad visible sobre todo en la pierna y el brazo del lado izquierdo –sin olvidar la ligera inclinación de la cabeza y de su

⁵ L. RÉAU: *Iconografía del arte cristiano. Iconografía de los santos. P-z*. Tomo 2/vol. 5. Trad. Daniel Alco-ba. Barcelona, Serbal, 2002, 2ª ed., p. 193 y ss.

propia mirada- la alejaría del hieratismo que poseían las más antiguas representaciones del santo. Ahora bien, y en una época en la que aparece ya el tipo desnudo de San Sebastián con el cuerpo atravesado por flechas, tenemos que reconocer junto con la crítica de expresión francesa⁶, que “la escuela española casi siempre representa a san Sebastián *vestido*” y que aparece figurado como un “doncel equipado para la caza, con arco y flechas en la mano” ⁷.



San Sebastián de Moscardón. (Detalle parte superior).
Fotografía de Pedro L. Hernando Sebastián. (Mayo de 2007).

⁶ Véase al respecto, L. RÉAU: *Op. cit.*, pp. 196-7; G. DUCHET-SUCHAUX y M. PASTOUREAU: *Guía iconográfica de la Biblia y los santos*. Versión española de César Vidal. Madrid, Alianza Editorial, 2001, 2ª reimpr., pp. 350-52, p. 352.

⁷ L. RÉAU: *Ibid.*, pp. 196-7.

El investigador turolense, Santiago Sebastián, refiriéndose tan sólo al fondo dorado de la imagen de San Sebastián de Villar del Cobo, sobre el que se destaca su delicada figura, viene a demostrar que el retablo al que pertenecía dicha tabla –coronada aquí por la imagen del Calvario, hecho este que revela el lugar destacado atribuido al santo dentro de dicho retablo– corresponde al gótico de finales de la Edad Media. Así pues, en su *Inventario artístico*, nos dice: “Hay tablas del gótico internacional con las figuras de San Sebastián y el Calvario, San Jorge y San Blas del siglo XV”⁸. Por otro lado, no podemos dejar sin mencionar –si nos atenemos una vez más a las declaraciones de Louis Réau, “A partir del siglo XV, el atributo casi constante de San Sebastián es una gavilla de flechas”⁹– las tres saetas que muestra San Sebastián en su mano derecha. Semejante atributo –el arco aquí ha desaparecido– adquiere un protagonismo relevante. Las flechas no sólo se refieren al tipo de martirio impuesto a San Sebastián, sino que su número, tres, se halla en paralelismo con los tres clavos martiriales de la Pasión y muerte de Jesús en el Calvario¹⁰ y cuya escenificación corona dicha tabla. No estaría por demás destacar aquí, la postura arqueada del lado derecho de su cuerpo, que tiende a resaltar el brazo, la mano que sostiene las tres flechas dispuestas de manera ordenada. Por el contrario, el espacio del lado izquierdo de la tabla tiende a reducirse de manera notable hasta tal punto que el brazo se oculta casi por completo debajo de la vestimenta y la mano queda disimulada con el pomo de la espada, al tomar la funda que lo cubre, una forma semejante a una mano.

La popularidad que San Sebastián adquiere a lo largo de la Edad Media, a juzgar por la cantidad de representaciones que de él se conservan, se debe a la intervención y al poder que este santo poseía contra la peste, enfermedad muy extendida y popular en la etapa medieval y en los siglos posteriores. Se dan dos explicaciones para justificar su patronazgo contra la peste. En primer lugar, en la Antigüedad se creía que Apolo –posteriormente Yavé– descargaba su ira contra el pueblo mediante la epidemia de peste, representada por flechas dirigidas a los hombres. Aunque San Sebastián no fue atacado por las flechas de la peste, sí que sobrevivió a sus ataques, a las heridas que éstas le causaron, por esta razón sería invocado como protector contra la peste. En segundo lugar, y esta es la hipótesis más aceptable, según Pablo Diácono, las reliquias del santo fueron trasladadas a Pavía con oca-

8 S. SEBASTIÁN y otros.: *Inventario artístico de Teruel y su provincia*, Servicio de Publicaciones del Ministerio de Educación y Ciencia, 1974, p. 484.

9 L. RÉAU: *Op. cit.*, p. 197.

10 Véase al respecto, J. LANZUELA HERNÁNDEZ, “Una aproximación al estudio iconográfico de San Sebastián”, en prensa.



San Sebastián de Villar del Cobo. (Detalle parte superior).
Fotografía de Raúl Ibáñez Hervás. (Julio de 2006).

sión de la epidemia de peste que se produjo en el año 680, cesando seguidamente dicha epidemia. Por ello, a partir del siglo VII, esta cualidad anti peste atribuida a San Sebastián se hace totalmente popular. A medida que los siglos fueron transcurriendo las oleadas de peste fueron reduciéndose paulatinamente y de esta forma la popularidad de dicho santo fue decreciendo. Aunque también se le consideró patrono de los arqueros, fundidores, tapiceros, etc., manteniendo su carácter protector para estos y muchos otros oficios¹¹.

¹¹ L. RÉAU: *Op. cit.*, p. 195; G. DUCHET-SUCHAUX y M. PASTOUREAU: *Op. cit.*, p. 315 y F. SCORZA BARCELLONA, "San Sebastián", en C. LEONARDI.; A. RICCARDI. y G. ZARRI (dirs.): *Diccionario de los santos. J-Z*. Vol. II. Trad. E. Varona, P. M. García y A. Pérez. Madrid, Editorial San Pablo, 2000, pp. 2031-2.

Ciertamente, si “las imágenes testimonian y certifican el paso del tiempo, son reflejo y espejo de nuestra propia identidad y memoria”¹² –escribía José M^a Vilar Pacheco, encabezando el catálogo de la exposición– las imágenes de San Sebastián a las que nos hemos referido, son también un testimonio más del culto que los hombres de los pueblos de la Sierra de Albarracín han tributado a este insigne y singular santo, de la popularidad alcanzada por él a través de los siglos. De hecho, las imágenes de nuestra tierra, testigos fieles de la vida que transcurre, son también las raíces que se sumergen con el paso de los siglos, son la expresión profunda de nuestra propia identidad.

¹² R. IBÁÑEZ HERVÁS, (coord.): La Sierra de Albarracín en el Archivo López Segura. Catálogo de la exposición, CECAL, Tramacastilla, 2006, p. 3. El Heraldo de Aragón se hizo eco de esta publicación, en “Catálogo del Archivo López Segura. Albarracín y sus vecinos en imágenes”, en Heraldo de Teruel, 11 de agosto de 2006.